



FLACSO
ECUADOR

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS
SOCIALES

PROGRAMA DE CIENCIAS POLÍTICAS

**“TÍTULO DE LA TESINA: LA EVOLUCION Y LA CAÍDA
DEL SISTEMA DE PARTIDOS POLÍTICOS EN EL PERU
(1980-1992)”**

AUTOR: JORGE PRIETO HEMMINGESN

FECHA: DICIEMBRE DE 2004

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Programa de Ciencias Políticas

Título de la Tesina: La Evolución y la Caída del Sistema de
Partidos Políticos en el Perú (1980-1992)

Asesor de tesina: Dr. Felipe Burbano de Lara
Lector: Dr. Simón Pachano, Profesor-investigador

Autor: Jorge Prieto Hemmingesn

Quito y Lima, diciembre de 2004

ÍNDICE GENERAL

Síntesis del contenido

Introducción

CAPÍTULO I (Perspectiva histórica)	Pág. 1
1.1)Primer sistema de partidos (República Aristocrática 1885-1919)	1
1.2)Retorno del militarismo y competencias electorales restringidas (1931-1956)	5
1.3)Segundo sistema de partidos (1956-1968)	7
1.4)Nueva dictadura militar (tesis del no partido, 1968-1980)	8
1.5)Proceso de Transición (1978-1980)	9
1.6)Factores estructurales en la conformación de los partidos	12
CAPÍTULO II (El sistema de partidos políticos 1980-1992)	16
2.1)Caracterización del sistema de partidos	16
2.2)Modalidades de competencia en el sistema de partidos a finales de los años ochenta	20
2.3)Ambiente y factores que afectaron al sistema de partidos	29
2.4)Situación de los partidos políticos	33
CAPÍTULO III (Aparición de los actores políticos independientes)	36
3.1)La aparición del candidato Belmont	41
3.2)La aparición del candidato Fujimori	43
CAPÍTULO IV (La caída del sistema: los partidos políticos en el periodo 1980-1992)	47
4.1)Explicación de la caída del sistema de partidos	54
4.2)La crisis de representación	59
CAPÍTULO V (La continuación de la política)	62
CONCLUSIÓN	66
ANEXOS	69
BIBLIOGRAFÍA BASICA	73

SÍNTESIS DEL CONTENIDO

El texto se encuentra estructurado a través de cinco capítulos y la respectiva conclusión. El primero consiste en una somera descripción de los sistemas de partidos que tuvieron vigencia en el Perú desde 1895, incluyendo las interrupciones de facto, hasta el período de transición que originó al sistema de partidos sujeto de la presente investigación (1980-1992) y finaliza con una explicación de los factores estructurales que estimamos fueron determinantes en la conformación de los partidos “modernos” en el Perú. El segundo capítulo se orienta a poner de relieve las principales características que tuvo el sistema de partidos (1980-1992), la situación de la sociedad de la que dicho sistema formaba parte y la evolución de los principales actores políticos respecto del período preelectoral y de cara a las elecciones generales de 1990.

De otro lado, tanto el capítulo tercero como el cuarto están dedicados al fenómeno de los independientes y *outsiders* políticos en el Perú, su relación con los partidos políticos y la explicación del surgimiento de los referidos actores políticos; especialmente, en el cuarto capítulo intentamos dar con las principales causas de la caída de dicho sistema así como la relación de este fenómeno con el accionar de los *outsiders*, en particular el correspondiente al gobierno de Alberto Fujimori.

Para finalizar, en el último capítulo abordamos la transición iniciada con la caída del fujimorismo, y las posibilidades de ésta, considerando que se trata de un proceso abierto a diferentes desenlaces.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretende aportar una plataforma de investigación y de discusión abierta, utilizando el material de diversos autores, para un tema que hemos encontrado de gran interés y actualidad, que toca a los sistemas de partidos en la región latinoamericana, con la particularidad que en el Perú se produjeron dos fenómenos especiales, aunque no únicos, por un lado el derrumbe de un sistema de partidos que tuvo vigencia por cerca de una década y por el otro, la emergencia de un *outsider* que habría realizado una irrupción exitosa en el orden político, aparentemente, controlado por las elites partidarias.

En ese sentido, como lo hemos señalado en la reseña, el enfoque se ha centrado en tratar la temática referente a la caída del sistema de partidos políticos en el Perú, el cual había tenido su origen en el consenso de 1979, así como las proyecciones y efectos que el referido fenómeno ha tenido sobre la forma de hacer política en dicho país, hasta nuestros días. La investigación comenzará con una línea de descripción histórica, con el punto de partida a finales del siglo XIX, la misma que abarcará sucintamente la formación de los principales partidos y sistemas políticos del Perú; para pasar al surgimiento de los “independientes” políticos a finales de los años 80; el gobierno de Fujimori; el colapso del sistema de partidos políticos en la década de los 90, así como el actual periodo que se podría denominar como de transición.

Sobre la mencionada línea descriptiva tendremos en cuenta especialmente los periodos de 1980-1992 (de vigencia y caída del sistema de partidos políticos); el correspondiente a 1992-2000 (proyecto autoritario de Fujimori) y el de transición (iniciado en el año 2001), con la finalidad de exponer las causas explicativas del referido colapso, presentadas por los diversos autores, sean estas de tipo estructural, institucional o histórico. Por otra parte, intentaremos explicar el significado y los efectos que la caída del sistema de partidos políticos ha tenido y tiene para la democracia peruana.

Dentro del mencionado lineamiento, sobre los periodos considerados claves para explicar el colapso del sistema de partidos políticos en el Perú, partiendo de lo

expresado por la literatura referida al tema de manera directa o indirecta, se intentará realizar una aproximación al tema de la caída del sistema de partidos con un enfoque de carácter socio-político, intentando aplicar a la realidad peruana una sucesión de aproximaciones teóricas tales como las enunciadas, entre otros, por Giovanni Sartori referidas a la caracterización de los sistemas de partidos, incluyendo la óptica sistémica utilizada por David Easton, en lo tocante a los partidos y su ambiente, así como el nivel de institucionalidad partidaria que tuvo dicho sistema, utilizando el aporte de Mainwaring. Asimismo, intentamos explicar un factor que consideramos primordial respecto del eclipse de los partidos en el Perú a comienzos de los años noventa como es la crisis de representación que sufrieron estos actores políticos.

De esa manera, las aproximaciones teóricas utilizadas en el presente trabajo, nos permitirán poner en relieve, respecto al periodo señalado, la génesis de los partidos basada en la fractura social que a la postre marcó el tipo de relaciones políticas predominantes, así como los desfasados vínculos que dichas agrupaciones desarrollaron con su propio ambiente societal, las cuales derivaron en una crisis de representación, la cual facilitó la emergencia de independientes y *outsiders*, sobre un sistema de partidos no consolidado.

Ahora bien, precisamente, consideramos central realizar un deslinde sobre el término de sistema de partidos que utilizamos para el caso del Perú, el cual se refiere más a un conjunto de partidos que a un sistema propiamente dicho, en razón de la inherente fragilidad institucional, la discontinuidad y el patrón de confrontación que aparece como denominador común en las interacciones dadas entre los principales actores políticos. En ese sentido, concordamos con la tesis de Nicolás Lynch quien plantea que en el fondo se trata de sistemas incipientes o proto sistemas, destacando que el tipo de interacción predominante sirve para definir el papel que han cumplido los partidos en el país; entidades que se encuentran en el trance de pasar de la confrontación hacia prácticas más o menos estables de competencia y cooperación, dentro de un marco democrático.¹

¹ Lynch, Nicolás. Una tragedia sin héroes. *La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1999, Lima, pp.49-50.

CAPÍTULO I

Perspectiva histórica

En el presente capítulo abordaremos, desde una perspectiva histórica, los sistemas de partidos que han existido desde el siglo XIX hasta nuestros días, tarea para la cual seguiremos la estratificación y el enfoque propuestos por Pedro Planas, en su obra *La Democracia Volátil*, la misma que comprende los siguientes periodos con vigencia de sistemas de partidos: (1895-1919) correspondiente a la República Aristocrática; (1956-1968) o el de gestación de partidos y el que podríamos denominar como el de retorno a la democracia, comprendido entre 1978 y 1992.

1.1) Primer sistema de partidos (República Aristocrática 1895-1919)

Como podemos apreciar, la formación de sistemas de partidos políticos en el Perú a partir de 1895 resulta un tanto tardía, en comparación con lo sucedido con otros países sudamericanos. En el caso del Perú tenemos que en 1871 se formó el primer partido político de la historia republicana denominado el Partido Civil, el mismo que contaba con una apreciable organización y estructura propias. Se trataba de la típica organización de notables, en este caso surgida para desarrollar alternativas diferentes al predominio de los caudillos militares que se habían disputado el poder político desde las independencias ocurrida en 1821.

Cuando en 1872 fue elegido Manuel Pardo, el primer presidente civil en el Perú, de las filas del Partido Civil, la gravitación de los caudillos militares en la esfera política era todavía muy fuerte, por lo cual, una vez en el poder, Pardo debió soportar varias intentonas golpistas. Posteriormente, como lo indica Pedro Planas en la obra ya citada, con la revolución de 1895, encabezada por Nicolás de Piérola, y con su gobierno (1895-1899) se configuró lo que podríamos denominar el primer sistema de partidos políticos, cuyos rasgos principales explicamos a continuación, según el mismo autor.

El primer sistema que funcionó de 1895 a 1919, y se distinguió básicamente por la participación competitiva de cuatro partidos, el Partido Civil; el Partido Constitucional; el Partido Demócrata y el Partido Liberal. El referido esquema representó el inicio de

las competencias entre agrupaciones políticas destinadas a alcanzar cargos públicos, desde la Presidencia de la República hasta los escaños del Congreso, bajo un marco institucional. Durante ese periodo se logró, la elección consecutiva de varios presidentes civiles: Nicolás de Piérola (1895-1899), Eduardo Romaña (1899-1903), Manuel Candamo (1903-1904), José Pardo (1904-1908), Augusto B. Leguía (1908-1912), Guillermo Billinghurst (1912-1914), con el intermedio de un golpe militar, y de nuevo José Pardo (1915-1919)”.

Ese sistema de partidos correspondiente al período denominado la “República Aristocrática” tuvo la característica de ser, como lo menciona Planas,¹ un sistema político semiabierto con tendencia a la formación de coaliciones. La preeminencia de las coaliciones puede observarse claramente, ya que a pesar de la gravitación del Partido Civil, dotado de una organización más completa y madura que las otras organizaciones, nunca se dio el gobierno de un único partido, más bien se dieron sucesivas alianzas en el congreso, por ejemplo, entre el Partido Civil y el Partido Demócrata, de 1895 a 1903, asimismo entre el primero y el Partido Constitucional de 1903 a 1912. De otro lado, dichas alianzas incluían la formación de gabinetes multipartidarios.

El funcionamiento de dicho sistema tuvo como elemento regulador la llamada Ley de Elecciones Populares de 1896 que establecía el voto directo, un registro general de electores y la creación de un organismo electoral, la Junta Electoral Nacional (JEN), encargada de organizar y supervigilar tanto el desarrollo de los procesos electorales como la inscripción de los partidos políticos. El artículo 18 de la referida norma determina que: “Los partidos políticos, para tener derecho de enviar sus delegados en la JEN, deben tener existencia en la República, programa definido y Jefe conocido, individual o colectivo”.

En lo que atañe al derecho de sufragio a fines del Siglo XIX, aunque en el Perú no existió el voto censitario, propiamente dicho, es decir, el derecho a sufragar supeditado a cierto nivel de riqueza, se dieron otro tipo de limitaciones, como las impuestas a partir de la Ley de 1895, norma que reconocía el derecho a votar solo a los ciudadanos en

¹ Planas, Pedro: La Democracia Volátil. Lima: Fundación Friedrich Ebert. 2000, p. 79

ejercicio que probaran saber leer y escribir, lo cual contribuyó a reducir considerablemente la cantidad de votantes y consiguientemente la participación electoral.²

Por otra parte, más allá del enfoque institucionalista, este período también ha sido llamado como el del “civilismo”, el cual constituyó un proyecto de modernización de una élite compuesta por grupos costeños que gozaban de “legitimidad, prestigio y reconocimiento en el resto de la sociedad. Entre sus miembros se encontraban abogados prominentes, connotados profesores de la universidad, propietarios de haciendas, especialmente de azúcar en la costa norte y central, y empresarios y grandes comerciantes que participaban en los beneficios de la economía de exportación ...otros en cambio descendían de inmigrantes europeos y norteamericanos”.³ a los que se debe agregar pequeños sectores pertenecientes a las capas medias urbanas y de provincias.

El Partido Civil fue una expresión de la burguesía comercial opuesta al caudillismo militar y las oligarquías regionales que se habían hecho del poder político desde la emancipación; dicho partido intentó aglutinar a la población urbana, mediante la consigna de poner fin al desorden imperante en el país. De esa manera, el gobierno de Pardo significó, como afirma Julio Cotler, la emergencia del sector de la burguesía sobre los terratenientes; consiguientemente Pardo intentó ejercer control tanto sobre las tendencias facciosas de los militares como de los grupos señoriales.

Entre las medidas adoptadas en ese sentido, figuraron la disolución del ejército y la formación de una Guardia Nacional, cuyos oficiales fueron reclutados en las filas de la burguesía, para facilitar el proyecto estatal del señalado sector.⁴

Encontramos una coincidencia entre las percepciones de Pedro Planas como de Julio Cotler sobre el significado de la ascensión al poder del Partido Civil en el Perú en 1872 y su relación con un ordenamiento político nuevo y más estable, pues para Cotler la

² Paniagua, Valentín: *El Derecho de sufragio en el Perú*, En Elecciones vol. 2 N° 2, ONPE, Lima, pp 10

³ Contreras, Carlos y Marcos Cueto: *Historia del Perú Contemporáneo*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú. 2000, Lima, pp 186-187.

⁴ Coltler, Julio: *Clases Estado y Nación*, Instituto de Estudios Peruanos, 1978, Lima. pp. 108-109

emergencia del Partido Civil marcó un punto importante en la historia peruana cuando señala que: “después de cincuenta años de crisis e inestabilidad, de confusión y derroche, que impedían la formación de una organización política perdurable, por ausencia de un grupo capaz de ejercer un liderazgo efectivo, el país parecía encauzarse por una nueva etapa histórica”.⁵

Sin embargo, el proyecto civilista fracasó debido a una fuerte crisis económica, precipitada por una creciente deuda externa, el agotamiento del recurso del guano (que era una fuente fundamental para las arcas fiscales) y los conflictos con los exportadores del salitre, lo que a la postre produjo divisiones en el seno de la burguesía, conflictos con la población urbana y los terratenientes regionales, ya en esas condiciones el Perú se encontraba *ad portas* de la guerra con Chile.⁶

Con posterioridad, una revolución popular liderada por Nicolás de Piérola, en 1895, puso fin a los gobiernos militares que habían ejercido en poder desde la finalización de la guerra con Chile. A partir de ese movimiento, se inició el período de la “República Aristocrática” -una continuación del civilismo-, que se extendió hasta 1919; esta etapa representó el auge económico y la primacía del sector exportador, cuyos representantes dirigieron la política nacional, buscando reordenar y modernizar tanto la producción económica como el aparato del Estado, con la finalidad de lograr una “inserción periférica en el capitalismo internacional”.⁷

Con el fin del civilismo y del sistema de partidos políticos de la “República Aristocrática”, en concordancia con lo que afirma Pedro Planas, se perdería una “valiosa tradición política no continuada, pues como veremos, aunque fueron prácticas institucionales bastante pioneras, resultaran negadas y sepultadas por la estructura política unánime y vertical que impuso la República Autocrática de Leguía”.⁸ El modelo civilista se agotó en medio de la crisis económica generada tras el fin de la Primera Guerra Mundial y una creciente agitación y descontento en las clases populares.

⁵ *Ibid.*, p. 109

⁶ *Ibid.*, p. 112-113

⁷ *Ibid.*, p. 129

⁸ Planas, Pedro: *ob. cit.*, p. 79.

En ese contexto surge nuevamente Augusto B. Leguía, quien en opinión de Julio Cotler:

“se erigió en dirigente anticivilista con amplio sustento de masas. Esta acción significó el descalabro electoral del civilismo y la elección de Leguía como Presidente. Pero esto no sería suficiente, Leguía había aprendido que para constituir un gobierno que efectivamente gobernara se requería respaldo parlamentario. Así, pretextando que sus opositores enquistados en el Parlamento pretendían desconocer su triunfo, promovió un golpe de Estado que disolvió las Cámaras Legislativas”.⁹

Aunque el Gobierno de Presidente Leguía, que ascendió al poder el 4 de junio de 1919, ha sido el responsable de un proceso de modernización en el aparato del Estado y la infraestructura del país, extendiendo el poder central del Estado, en detrimento de los gamonales locales, también constituyó un retroceso en cuanto a las libertades civiles y políticas, con el retorno de las viejas prácticas de persecución e intimidación de sus oponentes y la prensa, la disolución del congreso, etc., lo que destruyó el ambiente natural en donde los partidos tenían vida y podían funcionar. Paralelamente, el gobierno del Presidente Leguía también desarrolló lo que podríamos llamar uno de los primeros discursos antipartido, haciendo una crítica diferencia entre el Perú antes de su gobierno y la era de Leguía, la cual perduró hasta 1930, por medio de sucesivas reelecciones orquestadas para obtener resultados previsibles. Leguía supo tejer una extensa red clientelista a la cual repartía prebendas a cambio de fidelidad a su persona.

Finalmente, y retomando lo expresado por Cotler, el gobierno de Leguía significó la entrada del capitalismo norteamericano al Perú y la emergencia de fuerzas populares antioligárquicas ¹⁰, lideradas, principalmente, por Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, quienes fueron perseguidos por el legüismo.

1.2) Retorno del militarismo y competencias electorales restringidas (1931-1956)

Cuando llega a su fin el gobierno de Leguía, el país es presa de una efervescencia que incluyó rebeliones campesinas, movimientos obreros incipientes, huelgas en las minas,

⁹ Cotler, Julio: ob. cit., p. 182.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 185

en haciendas azucareras y en las ciudades, especialmente Lima y Trujillo. Estas acciones buscaban reivindicaciones sociales (entre ellas, el derecho a sindicalizarse, la jornada de trabajo de ocho horas, etc.) y económicas (reivindicaciones salariales y lucha contra la carestía de los productos básicos). En dicho marco, aparecen nuevas alternativas frente a lo que había representado tanto el civilismo, la República Aristocrática, como el oncenio de Leguía, variantes del orden oligárquico; concretamente, las principales opciones que competían por el apoyo popular, eran las del socialismo, liderada por Mariátegui y la del aprismo, encabezada por Haya de la Torre.¹¹

Ante estas arremetidas que amenazaban la supervivencia del orden, la sociedad oligárquica optó por buscar el apoyo militar¹² y de esa manera comienza el periodo que se conoce como el retorno del militarismo, en donde primaron los regímenes autoritarios que dificultaron la constitución de un sistema de partidos políticos, con la salvedad de dos procesos electorales de carácter efímero, los cuales tuvieron lugar en 1931 y 1945. Asimismo, se trata de un periodo turbulento en donde, los grupos oligárquicos, que van perdiendo legitimidad, recurren frecuentemente a los militares para contener las presiones sociales y donde las clases medias urbanas que se encuentran en crecimiento buscan un espacio político, lo que marcará la aparición del primer partido de masas del Perú, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), que es constantemente proscrito por los regímenes militares de turno, con breves intervalos de legalidad y libertades políticas, como el que representó el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero de 1945 a 1948.

Tal como lo expresan Burga y Flores Galindo, los orígenes del APRA se encuentra directamente relacionados con sectores de la clase media de la costa norte del país, empobrecidos por el impacto de los enclaves azucareros y el capital norteamericano, allá por la década de los años veinte, como es el caso de su fundador, Víctor Raúl Haya de la Torre.¹³

¹¹ Burga, Manuel y Flores Galindo, Alberto. *Apogeo y Crisis de la República Aristocrática*. Lima, Ediciones Rikchay Perú. 1984. p 149

¹² *Ibid.*, p. 149

¹³ *Ibid.*, p. 175

Es así como en 1924 se funda en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), cuya principal consigna era la lucha antiimperialista y que se nutría de la experiencia de la revolución mexicana, el movimiento de la reforma universitaria argentina y la revolución rusa. Para el APRA el imperialismo oprimía a todo un conjunto de clases sociales, entre las cuales se encontraban los industriales nacionales, los pequeños comerciantes, los profesionales, los burócratas, los obreros y los campesinos, es decir, prácticamente la mayoría del espectro social de los países latinoamericanos. En ese sentido, el contenido de la doctrina aprista se encontraba centrado en lo nacional y no en una clase social en particular.¹⁴ y promovía la creación de un Estado antiimperialista

El APRA es un partido de masas del Perú, a diferencia del civilismo, y los partidos de la “República Aristocrática”, e inclusive sobre las opciones socialistas como la propugnada por Mariátegui que, a pesar tratar de interpretar a Marx desde el punto de vista peruano, aplicaba un enfoque clasista que privilegiaba a la clase obrera como la principal que podía enfrentarse al imperialismo. Esta óptica facilitó, finalmente, el implante del APRA entre las clases medias y aumentó su proyección popular. Asimismo, a partir de la década de 1930, el APRA logró consolidarse como un partido verdaderamente organizado y disciplinado, lo que no ocurrió con los seguidores de Mariátegui.

1.3) Segundo sistema de partidos (1956-1968)

Este período comienza con el fin del gobierno dictatorial del general Manuel Odría, que fue coincidente con la aparición de nuevas organizaciones políticas también relacionadas con las clases medias urbanas denominadas Partido Demócrata Cristiano (DC), Movimiento Social Progresista (MSP), el Frente de Juventudes Democráticas, éste último posteriormente devendría en el Partido Acción Popular (AP) liderado por su caudillo, Fernando Belaúnde Terry, desde 1956. El Partido Aprista Peruano (PAP) recién se incorporaría en la escena electoral a partir de 1962, dentro de un ambiente de libertades políticas que estimularía el establecimiento de una intensa competencia

¹⁴ *Ibíd.*, p. 177

electoral y el reestablecimiento, por fin, de un nuevo sistema de partidos. De esa manera...

“ya con el aprismo en escena, entre 1963 y 1967 hubo cuatro elecciones continuas que permitieron cuajar un ‘bipartidismo de cuatro’, formado por dos bloques políticos antagónicos: la alianza AP-DC y la denominada coalición PAP-Unión Nacional Odrriista (UNO)”, esta última agrupación era solo un vehículo personalista del ex dictador Odría, la cual en su alianza con el PAP tenía preponderancia en el Congreso y obstruía al gobierno de Belaúnde”.

15

AP y DC representaron a las corrientes del reformismo moderado frente a la postura aparentemente más radical del PAP y se constituyeron en nuevas alternativas políticas a principios de la década de los años sesenta, con capacidad para llegar a la Presidencia de la República, tal como ocurrió con Acción Popular, mientras que la Democracia Cristiana no alcanzó un apoyo popular significativo. No obstante, en el caso de AP: “Las expectativas que se cifraron en su liderazgo para desbaratar el poder de la oligarquía y neutralizar al APRA se fueron difuminando conforme pasaron los años de su gobierno”.¹⁶

Este período terminó en las postrimerías del gobierno del Presidente Fernando Belaúnde Terry, quien como ya se ha dicho, sin facultades para disolver el congreso, sufrió de una continua y destructiva oposición legislativa a manos de la coalición APRA-UNO. Finalmente, no alcanzó a concluir su mandato a raíz del golpe militar protagonizado por el General Juan Velasco Alvarado, en 1968, para iniciar un sistema político que se caracterizó por un discurso y una práctica contrarios al papel de intermediación de los partidos.

1.4) Nueva dictadura militar (tesis del no partido, 1968-1980)

Se pueden distinguir claramente dos etapas en el referido período la primera fase de

¹⁵ Ibid., p. 97

¹⁶ Ibid., p. 301

1968 a 1975, en la cual el ordenamiento político anterior había sido suprimido con el cierre del parlamento, la suspensión de las elecciones y la sustitución del sistema de partidos políticos por el denominado modelo de la “Revolución Peruana”, que tenía como objetivo llevar adelante las urgentes reformas sociales y económicas necesarias para el país, las mismas que, bajo la óptica militar, el sistema anterior no quiso o no fue capaz de realizar. De allí, que en las esferas del gobierno castrense, surgió una tesis del no partido, expresada en la idea que estos ya no eran necesarios para intermediar entre la sociedad y el Estado. En ese sentido, se pretendió realizar tal intermediación a través de organismos corporativos y de movilización social, tales como el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS). Esta pretensión era claramente observable en los discursos oficiales de la época, como el que pronunció el Gral. Juan Velasco Alvarado en el Segundo Aniversario de la Revolución, el 3 de octubre de 1970: “Estamos viviendo una revolución. Ya es tiempo de que todos comprendan. Toda revolución genuina, sustituye un sistema político, social y económico, por otro, cualitativamente diferente. De mismo modo que la revolución francesa no se hizo para apuntalar la monarquía, la nuestra no fue hecha para defender el orden social establecido en el Perú, sino para alterarlo de manera fundamental”.¹⁷

Con la crisis económica y política del Septenato, como también se conoce a la Primera Fase del Gobierno Militar, se inicia la Segunda Fase, de 1975 a 1980 bajo el gobierno del General Francisco Morales Bermúdez, quien encabezó el grupo de altos mandos militares convencidos de la inviabilidad de continuar con dicho proceso y la necesidad de regresar a un sistema pluralista.

1.5) Proceso de Transición (1978-1980)

De esa manera, se convoca a elecciones destinadas a la conformación de la Asamblea Constituyente de 1978, las que transcurrieron en un ambiente de gran apertura política e intensa competencia, donde participaron 12 entidades políticas, para alcanzar una representación constituyente. La redacción de lo que fue la Constitución de 1979 estuvo a cargo de 100 constituyentes con la participación principal del APRA, organización

¹⁷ Ibid., p. 310.

que obtuvo el 35% de los referidos puestos, del Partido Popular Cristiano (PPC), nuevo partido conservador derivado de las corrientes demócrata cristianas, y una confluencia de tendencias de izquierda. La mencionada asamblea, a través de la nueva Constitución, debía sentar las bases para desarrollar un marco institucional y la actuación de un nuevo sistema de partidos, habiendo establecido las siguientes pautas:

“el mandato presidencial en cinco años, fortaleció el poder presidencial, continuó con la costumbre parlamentarista de dos cámaras (una de senadores de representación nacional y otra de diputados, de representación lugareña) y defendió una serie de derechos democráticos que no habían existido hasta entonces. Asimismo, estableció la práctica de la segunda vuelta electoral si ningún candidato lograba una apreciable mayoría. Lo más importante fue, sin embargo, la concesión del voto a los analfabetos, que no había existido ni siquiera en las elecciones de 1978. es importante destacar que en el Perú de entonces uno de cada cinco peruanos era analfabeto”.¹⁸

Pedro Planas, en la obra mencionada, acentúa la condición de transitoriedad al periodo en cuestión considerando acertadamente que, simplemente, por obra de la nueva constitución no se daría automáticamente un nuevo sistema de partidos, más bien éste sería obra de elecciones sucesivas en donde se podría evaluar la fortaleza y capacidad de supervivencia de cada partido, así como la naturaleza del juego y competencias entre ellos. Dentro de esa lógica el mismo autor establece diferencias entre el proceso electoral para elegir a los miembros de la Asamblea Constituyente y los que tuvieron lugar con posterioridad, concretamente el de 1980, a través del cual se escogió tanto al Presidente de la República como a los miembros del Congreso, después de doce años de Gobierno militar.

Las diferencias entre los procesos electorales de 1978 y 1980 estribarían en que, en el primero el Partido Acción Popular y su líder optaron por una ausencia estratégica orientada a marcar distancia con una Asamblea Constituyente cuyo proyecto había

¹⁸ *Ibíd.*, p. 324

tenido su concepción primigenia en el llamado plan “Túpac Amaru” de la Segunda Fase del Gobierno de facto. Otra diferencia remarcable consistiría en que en las elecciones presidenciales de 1980 el APRA ya no contaba con su líder histórico, Víctor Raúl Haya de la Torre, fallecido en 1979. Ello marcó todo un proceso de redefinición en las filas de dicho partido tanto en lo doctrinal (entre corrientes de centro derecha y centro izquierda) como en el aspecto de sucesión de la jefatura política.

Otro factor resaltante que marcaría también un contraste sería, como ya se indicó, el voto concedido a los analfabetos, quienes pudieron ejercer ese derecho recién en las presidenciales de 1980. Esto último permitió que poblaciones de amplias zonas marginadas de la región andina se incorporaran al espectro electoral (entre ellas Huancavelica, Apurímac, Ayacucho y zonas altas del Cusco, lo cual redituó a favor de caudillos y organizaciones políticas que tenían ascendencia en dichas regiones. De este modo también se contrabalanceó el peso electoral de Lima Metropolitana que en 1978 significaba el 41.64% del electorado nacional, lo que también explicaría en ese entonces la fuerte votación registrada por el Partido Popular Cristiano (PPC), de típica raigambre limeña, el cual alcanzó en la capital el 57% del total de su votación nacional.

Es así que con el referido proceso de transición nos encontramos ad portas de la constitución de un nuevo sistema de partidos, el cual no sería el resultado de una “línea evolutiva” hacia una mayor madurez tanto de los actores como de los partidos y fuerzas políticas. Por el contrario, hemos podido apreciar, a través de esta breve reseña histórica, que con la caída del primer sistema de la “República Aristocrática” a manos del gobierno autoritario de Leguía se perdió una especie de elemento fundacional que pudo haber actuado como base de la tradición política a partir de la cual se fuera desarrollando y adaptando la competencia electoral a través del tiempo y los cambios socio económicos que se han venido dando el país.

Por el contrario, comienza a enseñorearse el autoritarismo como medio para “dirigir” los destinos del país, siendo la competencia electoral más o menos abierta un fenómeno relativamente episódico, discontinuo y sin trayectoria, en donde las posibilidades para el desarrollo y actuación institucional de los partidos han sido mas bien escasas. Bajo esta

realidad lo relativamente institucional y orgánico dio paso al recrudescimiento de la acción unilateral propia del caudillismo y el poder faccioso, como la forma más elemental y “práctica” de hacer política. Ello había de tener profundas consecuencias en el devenir histórico, ya que hasta los relativamente pocos partidos que lograron una cierta consolidación y vigencia adolecieron también de esas mismas características siendo débilmente institucionalizados y orbitando las más de las veces en torno a un líder carismático, a quien debían su razón de existir.

1.6) Factores estructurales en la conformación de los partidos

Hasta aquí hemos hecho una descripción básicamente histórica sobre los partidos y sistemas de partidos desde su origen en la “Republica Aristocrática” hasta el periodo de transición que contribuyó a gestar al sistema de partidos vigente hasta 1992. Sin embargo, creemos conveniente incluir en dicha descripción algunos factores de carácter estructural, complementarios, que determinaron la configuración de los partidos políticos y por añadidura de los sistemas que integraron dichas agrupaciones. A este respecto, Nicolás Lynch se refiere al término de “fractura histórica” como factor explicativo y en donde los partidos políticos son tomados como una expresión de las condiciones estructurales, dicho autor se inspira en el texto de Lipset y Rokkan titulado *Cleavage structures, party systems and voter alignments*.

La fractura histórica significa un corte o un cambio en el estado de cosas que señala el fin de una época y el comienzo de la siguiente, lo cual podría implicar ruptura con el pasado o cierta continuidad que permitiría incluir nuevos actores en el sistema político antiguo; dependiendo de que se dé uno u otro resultado influirá determinantemente en el tipo de producto, es decir, actores políticos que emergerán en el nuevo escenario.¹⁹

Según expone el autor, esta fractura histórica se da en el Perú en la década de los años treinta, la cual tuvo como elementos la aparición de fuerzas anti oligárquicas que buscaban conducir las aspiraciones de las nuevas clases medias y sectores populares urbanos de lograr participación política, expresadas principalmente en dos

¹⁹ Lynch, Nicolás. *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes Perú 1980-1992*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 1999. Lima, p. 96

reivindicaciones: la soberanía nacional frente al accionar del capital imperialista y su explotación de enclaves y la de carácter inclusiva, referida a la participación de los analfabetos en los procesos electorales y en la vida política del país. Estas reivindicaciones, a la larga, socavaron la legitimidad del orden oligárquico, el cual optó por una posición de fuerza, a través de los estamentos militares.

En ese marco surgen nuevas entidades, como los partidos de masas, frente a los anteriores partidos de élite o de notables, siendo los partidos de masas las agrupaciones de corte moderno en el Perú, entre ellos el APRA. La modernidad de estos últimos estaría definida por las tendencias de incluir o incorporar a nuevos sectores sociales a la vida política del país, en cambio los partidos antiguos, tales como los de la “República Aristocrática”, comprendían a la actividad política dirigida por los grupos dominantes y situada dentro de una esfera prácticamente cerrada, en donde se excluía a la mayoría de la población del país.

En el caso del Perú, Nicolás Lynch acentúa acertadamente el factor de la ruptura, que sitúa en los años treinta, en donde, a diferencia de lo sucedido en otros países como Colombia o Uruguay, no existió una evolución de partidos oligárquicos hacia partidos de masas, sino más bien el tránsito se dio mediante una fractura. De esa manera aparecen en la escena nuevas agrupaciones antioligárquicas y antimilitaristas. Como dichas organizaciones no se originaron a través de un proceso evolutivo y sí de la ruptura, su signo fue el de la confrontación y la inestabilidad, siendo débilmente institucionalizados. La confrontación pendular entre militares defensores del orden oligárquico y las nuevas agrupaciones de masas fue una constante en el Perú, hasta bien entrado el siglo veinte, lo que impidió la constitución de un orden relativamente continuo, en el cual los partidos pudieran establecer patrones de competencia dotados de cierta estabilidad.

Siguiendo la línea de lo expuesto, en el Perú primó la ruptura sobre la continuidad debido al carácter del sistema oligárquico de corte tradicional basado en mecanismos extra económicos de dominación que le permitieron mantener una mano obra adscrita a los latifundios. También Lynch apunta otro mecanismo que permitió a los grupos

oligárquicos el mantener su poder hasta bien avanzado el Siglo XX, la discriminación racial, contra la población indígena y mestiza, lo que contribuyó a profundizar el abismo social. Concepto este último de gran factor capacidad explicativa, según el historiador Jorge Basadre. Asimismo, si bien durante la “República Aristocrática” el sistema de partidos actuó con ciertos márgenes de apertura política, difícilmente llegó a incorporar a sectores medios y populares, con lo que, unido a los otros obstáculos mencionados hicieron muy difícil un tránsito evolutivo de partidos de elite hacia los partidos modernos de masas, produciéndose de esa manera una fractura, una especie de clivaje socio político que marcó la pauta de la confrontación política sobre los patrones regulares (pactados) de la competencia política.

El mismo autor señala que la mencionada fractura histórica fue como producto de la crisis económico-social que se dio en los años treinta y produjo un choque entre el propio orden oligárquico y sus antagonistas pertenecientes a las clases medias, así como sectores populares que buscaban un espacio de expresión política, negado por el orden anterior. Estos últimos reivindicaban lo nacional-antimperialista y la lucha contra un orden próximo al sistema feudal. Sin embargo, ninguna de estas fuerzas emergentes se preocupó en establecer una nueva institucionalidad, en términos democráticos, que reemplazara al régimen vigente impuesto por el orden oligárquico, el cual tampoco llegó a su fin, pero sí marcó el inicio de un sistema de mayor inclusión socio-política. En ese sentido, es posible llegar a determinar avances en el proceso de democratización que correspondieron a la aparición de los principales actores políticos del Siglo XX en el Perú, a través de periodos, el Partido Aprista entre 1930 y 1956, Acción Popular, la Democracia Cristiana y el Partido Popular Cristiano entre 1956 y 1968 y el populismo militar y las agrupaciones de izquierda que se aglutinan en la década de los ochenta en la Izquierda Unida correspondió al periodo de 1968 a 1990 ²⁰. Todos ellos serán los principales actores políticos del sistema de partidos que colapsó en 1992.

Asimismo, Lynch nos indica que una de las características más importantes de estos partidos políticos que aparecieron en escena a partir de los años treinta es el hecho de estar constreñidos a parcelas electorales bien definidas, lo cual si bien les permitió

²⁰ *Ibid.*, pp. 101-102

contar con bastiones electorales y apoyo en determinados sectores sociales, los incapacitó para actuar como verdaderas fuerzas integradoras en el ámbito nacional, alcanzando solamente a ser expresiones segmentadas, con muchas dificultades para imponer una verdadera hegemonía y sin poder incorporar a los demás sectores sociales que iban apareciendo conforme el país se modernizaba o cambiaba.

CAPÍTULO II

El sistema de partidos políticos 1980-1992

Ahora bien; con que noción, más o menos contemporánea, sobre los sistemas de partidos contamos? Esta podría recoger tres elementos básicos: de conjunto o colectividad, así como patrones de cooperación y competencia, en ese sentido, podemos considerar las siguientes definiciones: “Los sistemas de partido deben entenderse como ‘los patrones de competencia y cooperación entre los diferentes partidos de un sistema, resaltando el carácter de ‘sistema’ de los sistemas de partidos políticos, siendo siempre el sistema más que la suma de sus partes”.²¹

Asimismo, en cuanto a otros factores fundamentales relacionados con los sistemas de partidos, Marcelo Cavarozzi y Esperanza Casullo se refieren a lo expuesto por Maiwaring y Scully, quienes indican que un sistema de partidos consiste en un sistema de interacciones definidas por patrones, normas y regularidades (reiteración de conductas), los cuales, a pesar de ser cumplidos, son susceptibles de cambiarse. Ambos autores también inciden en esta última “capacidad de cambio y flexibilidad”²² como un factor capital en el desenvolvimiento de los sistemas de partidos, lo cual los habilita para incorporar los cambios que se van dando en la sociedad.

2.1) Caracterización del sistema de partidos

Según la óptica de Martín Tanaka el sistema de partidos surgido a través de los diferentes procesos electorales celebrados desde la transición (1978-80) tenía una constitución débil e inestable, considerando que después de 12 años de gobierno militar difícilmente se había podido crear un orden alternativo, y para los años 80, donde tienen lugar las primeras elecciones, primaban para ese sistema, los problemas relativos a la

²¹ Abal Medina, Juan. “Elementos teóricos para el análisis contemporáneo de los partidos políticos: un reordenamiento en el campo semántico”. En *El asedio a la política*. Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina compiladores. Homo Sapiens ediciones. 2002. Rosario, Argentina, p. 50

²² Cavarozzi, Marcelo y Casullo Esperanza. “Los partidos políticos: en América Latina hoy”. En *El asedio a la política*. Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina compiladores. Homo sapiens ediciones. 2002. Rosario, Argentina. p. 21

governabilidad democrática, en función de un exceso de fragmentación en la representación política y la alta polarización de los actores involucrados.²³

No obstante, por primera vez en el país estaba por constituirse un sistema incipiente de partidos en el cual pudo actuar plenamente el Partido Aprista, que había sido constantemente excluido o reducido a una participación restringida en las competencias políticas formales, desde su creación. También permitió la participación en el juego democrático de las agrupaciones políticas de izquierda que emergieron a la sombra del anterior gobierno militar, de esa manera, desde el punto de vista ideológico, el sistema cubría un espectro amplio de preferencias electorales, el cual contaba con tres grandes bloques que alineaban al Partido Popular Cristiano y a Acción Popular en la derecha, el APRA en la posición de centro (social demócrata) y la Izquierda Unida, compuesta por un variopinto conglomerado de agrupaciones, representaba obviamente a la izquierda dentro de ese espectro ideológico. En ese sentido, se trató de un sistema de partidos que, a diferencia de los intentos precedentes, funcionó sin ningún tipo de exclusiones y representaba, por lo menos en teoría, a la mayoría de las preferencias electorales del país.

El mismo autor analiza el desempeño de ese sistema de partidos en el documento de discusión “Perú, 1980-2000 ¿crónica de una muerte anunciada? Determinismo, voluntarismo, actores y poderes estructurales” utilizando tres puntos de referencia: los vínculos de los partidos con organizaciones representativas de la sociedad y el compromiso de los actores políticos con el sistema democrático. En cuanto al primero Tanaka indica que las principales agrupaciones del sistema pudieron captar la mayoría de las preferencias electorales, y al respecto expresa:

“Estamos hablando de una tendencia sumamente clara, expresada consistentemente en ocho procesos electorales entre 1978 y 1990: en 1978, en la elección para Asamblea Constituyente; en las elecciones presidenciales de 1980, 1985 y 1990; y en las

²³ Tanaka, Martín. “Los espejos y espejismos de la democracia y el colapso de un sistema de partidos Perú, 1980-1995”, en *Perspectiva Comparada* (versión preliminar). FLACSO- Sede Académica de México. 1997, p. 6.

elecciones municipales en 1980, 1983, 1986 y 1989. En la elección de 1978, la suma de votos obtenidos por estos actores alcanzó el 88.5% (...). Desde entonces y hasta las municipales de 1989, fue superior al 90%.....Ciertamente, siempre hubo indicios de una gran debilidad de los partidos expresada en los altos índices de volatilidad electoral, desde el comienzo mismo del gobierno democrático . Sin embargo, pese a los drásticos cambios en las preferencias electorales, ellas siempre, hasta 1990 inclusive, se encuadraron dentro de los márgenes del sistema de partidos”.²⁴.

Asimismo, Tanaka advierte de una tendencia declinante de esa tendencia a partir de las elecciones municipales de 1989, donde un independiente, Ricardo Belmont, con su movimiento denominado Obras alcanza de alcaldía de la ciudad de Lima. A pesar de ello, para el autor la fortaleza del sistema se expresaba aún en 1990 mediante la asignación de escaños en el Congreso, en donde la sumatoria de los asientos que obtuvieron por el Frente Democrático la alianza formada por Acción Popular, el Partido Popular Cristiano y el Movimiento Libertad, el APRA, más los correspondientes a la Izquierda Socialista e Izquierda Unida las dos agrupaciones en que se fraccionó la Izquierda Unida alcanzaron en su totalidad 182 de los 242 asientos en ambas cámaras del parlamento.

El segundo punto de referencia que toma Martín Tanaka cuando aborda este tema es la capacidad intermediadora que los partidos habrían tenido entre el Estado y las diferentes agrupaciones que, por lo menos en teoría, actuaban como expresión organizada de clases sociales o grupos de interés. En ese sentido, aquí la percepción es que la referida función había establecido vasos comunicantes entre ambas partes, lo que es expuesto por el autor de la siguiente manera:

“Acá encontramos que lejos de tener vínculos débiles con esas organizaciones, por el contrario los partidos tuvieron relaciones muy estrechas ; hasta podría decirse que ellas eran demasiado

²⁴Tanaka, Martín. Perú, “1980-2000 ¿crónica de una muerte anunciada? Determinismo, voluntarismo, actores y poderes estructurales”. Documento de discusión. Instituto de Estudios Peruanos. Marzo del 2001, p. 6.

estrechas , al punto que implicaban prácticamente una indistinción entre las esferas política y social (...) Los partidos de izquierda, por ejemplo crecieron y se desarrollaron estrechamente ligados a las organizaciones sociales. Por lo general, los dirigentes sociales eran a la vez militantes de los partidos... Así encontramos que la principal central nacional de trabajadores, la Confederación General de Trabajadores (CGTP), que agrupaba básicamente sindicatos en el sector industrial, era ‘hegemonizada’ por el Partido Comunista; el principal sindicato de maestros, el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana (SUTEP) era hegemonizado por la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria”²⁵

Esta línea de pensamiento prosigue igualmente en el caso de los sectores empresariales los cuales, indiscutiblemente, también tuvieron su correlato en agrupaciones tales como el Partido Popular Cristiano (PPC), de tendencia social cristiana, Acción Popular, de tendencia reformista moderada y hasta con el Partido Aprista Peruano (PAP) a principios del mandato de Alan García Pérez (1985-1990), para abandonar esta “alianza” y “regresar” al PPC, AP y al Movimiento Libertad, para cerrar filas, cuando el referido gobernante intentó estatizar el sistema bancario.

El tercer punto de referencia utilizado por el autor es el grado de compromiso con las reglas de juego político, derivadas de la correlación de fuerzas resultante de las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1978, expresadas por Tanaka, en términos de tendencia ideológica y su correspondencia con las preferencias electorales, de la siguiente forma:

“Se partía de un diagnóstico básico: el electorado se dividía gruesamente en tres tercios, cortado ideológicamente en torno a un clivaje de izquierda/derecha; a la izquierda los diversos grupos de izquierda que luego se unificarían en IU, al centro el APRA, y a la derecha AP y el PPC; por lo cual ninguna fuerza por sí sola podría

²⁵ Ibíd., p. 9.

aspirar a constituirse en una fuerza hegemónica del sistema de partidos. La consecuencia de este diagnóstico era que tenía que establecerse un compromiso en torno al pluralismo y alternancia en el poder; de manera que ninguno de los actores buscara acabar con el sistema en caso de ser derrotado, con la esperanza de ser ganador en las elecciones siguientes”.²⁶

De esa manera, aparentemente, los conflictos entre los actores políticos se solucionaban dentro del propio sistema de partidos de acuerdo con los márgenes constitucionales, lo cual teniendo en cuenta los dos puntos de referencia mencionados anteriormente abonaría a favor de la tesis que sostiene la idea de la relativa fortaleza del sistema de partidos, por lo menos hasta 1992, fecha del autogolpe de Alberto Fujimori. La tesis defendida por Martín Tanaka implica que no obstante el triunfo del referido ex-mandatario en las elecciones de 1990, es decir, la irrupción de un “independiente” y por añadidura un desconocido actor político, los partidos mantenían una posición preponderante en el parlamento, de modo que añade:

“Con todo, pese al triunfo de Fujimori, como ya dijimos, los partidos tenían un amplio control del congreso y seguían siendo los actores más importantes. En este escenario, Fujimori optó por enfrentarse a los partidos y al orden institucional; éstos optaron por tratar de manejar al débil e inexperto Fujimori, pensando en las elecciones de 1995, en las que Fujimori no podía competir, dada la prohibición de la reelección presidencial inmediata estipulada por la constitución de 1979.”²⁷

Mas allá de esta caracterización ofrecida por Tanaka, creemos que también podríamos hacer un enfoque sobre la configuración del sistema de partidos del Perú o, como se señaló al inicio del presente trabajo, el conjunto de partidos o proto sistema de partidos de finales de los años ochenta y de cara a las elecciones de 1990, mediante una aproximación al esquema teórico que Giovanni Sartori hizo respecto de los sistemas competitivos, concretamente, el correspondiente al pluralismo polarizado. Recordemos

²⁶ *Ibid.*, p. 9.

²⁷ *Ibid.*, p. 10.

que este autor se refiere a características básicas propias de dicho modelo como: la presencia de partidos antisistema, la existencia de oposiciones bilaterales, la ubicación central de un partido, la existencia de polarización y la preponderancia de impulsos centrífugos sobre los centrípetos.

Consideramos que la clave consiste en centrarse sobre la modalidad que asume la competencia entre los partidos peruanos y su proximidad con esa clasificación. Principalmente, en cuanto al alto grado de diferenciación ideológica, polarización y dificultad para formar coaliciones (de oposición y de gobierno), características que estimamos derriben las interacciones que se dieron en el sistema.

Modalidades de Competencia en el sistema de partidos a finales de los años ochenta

En lo referente a la dificultad para formar coaliciones dadas a través de oposiciones bilaterales, Sartori enuncia lo siguiente: “En las comunidades políticas polarizadas, en cambio con dos oposiciones [oposiciones frente a una tercera fuerza política] que son mutuamente excluyentes: no pueden sumar fuerzas....Entonces, el sistema tiene dos oposiciones en el sentido de que son contraposiciones que en términos constructivos, son incompatibles”²⁸

A finales de la década de los ochenta, en el Perú, teníamos al APRA finalizando su periodo en el poder, ocupando una posición ideológica de centro, sin que su líder y a la sazón Presidente de la República, Alan García Pérez, pudiera aspirar a un segundo mandato consecutivo, debido a la prohibición constitucional. Entretanto, en la oposición, se encontraban por un lado AP, el PPC y el naciente Movimiento Libertad, entidades que llegarían a agruparse, frágilmente, en torno al proyecto neoliberal del FREDEMO y por el otro, los grupos de izquierda con sus aspiraciones de implantar el “socialismo” por diferente vías, ya sea de tipo electoral o por la violencia.

A través de la situación descrita, podemos entrever que se dio una oposición bilateral dada entre AP-PPC y el APRA, como entre éste último partido y las izquierdas.

²⁸ Sartori, Giovanni. *Partidos y sistemas de partidos*. Alianza Universidad. Madrid, 1980., p. 169

Asimismo, simultáneamente, se daba la oposición entre AP-PPC y las agrupaciones de izquierda, con proyectos políticos totalmente contrarios, lo que las impulsaba a presentarse como alternativas de gobierno mutuamente excluyentes, de cara a las elecciones de 1990. Debe hacerse la salvedad que la alianza PPC-AP se dio por que el primero nunca tuvo un peso específico propio y para lograr cierta representatividad, debió acercarse al Partido Acción Popular, entidad con la que tenía menos distancia ideológica .

Como ya hemos indicado, los partidos Popular Cristiano y Acción Popular, por estrategia electoral, formaron un frente (el Frente Democrático o FREDEMO) con la nueva agrupación liderada por Mario Vargas Llosa, denominada Movimiento Libertad, que era propulsora de ideas neoliberales a ultranza, en tanto que los partidos de izquierda que antes habían constituido el Frente de la Izquierda Unida, entre ellos, el liderado por Alfonso Barrantes (moderado) y los (radicales) Partido Unido Mariateguista (PUM) y Frente Obrero Campesino Estudiantil del Perú (FOSEP), intentaban presentar una opción política opuesta. De esta manera, cada una de las agrupaciones políticas de ese entonces ya sea el FREDEMO, el APRA o la izquierda tenían visiones considerablemente diferentes y hasta contrarias de lo que debería ser el futuro del Perú.

Entonces tenemos a un sistema que se encontraba atravesando por una fuerte polarización y diferenciación ideológica en el sentido que da cuenta el propio Sartori.: “Cuando se halla un amplio espacio ideológico, se desprende de ello que la comunidad política contiene partidos que no solo no están de acuerdo en torno a cuestiones políticas generales, sino también, y de modo más importante , acerca de los principios y las cuestiones fundamentales. Así se nos remite al significado mas hondo de la ideología”.²⁹

En el Perú de ese entonces, precisamente, era el APRA quien mantenía una posición ideológica que podríamos calificar como de centro, ya que sostenía la necesidad de continuar con una fuerte presencia del Estado, cumpliendo funciones redistributivas,

²⁹ Ibid., p. 172.

pero permitiendo la actividad privada en la economía, a diferencia del neoliberalismo defendido por el FREDEMO y la promesa socialista, que variaba según las diferentes tendencias vigentes en la izquierda.

De tal modo que el propio centro del sistema estaba “físicamente ocupado” por el APRA, partido que cargaba sobre sus espaldas con el fracaso de la gestión de su gobierno iniciado en 1985, lo cual nos indica que el centro aparecía como debilitado en términos políticos y el sistema se hacía propenso a posiciones políticas poco moderadas, las que claramente definían al ambiente preelectoral y electoral de ese período.

Aunque en durante buena parte del decenio de 1980, el sistema peruano de partidos fue considerado como representativo de la estructura ideológica de la sociedad, dividida en tres franjas similares de derecha, centro e izquierda, los partidos políticos armaron sus estrategias, principalmente en base a consideraciones pragmáticas, si es que queremos ver a lo pragmático como una oposición a lo ideológico.

En el caso peruano, la ideologización extrema habría llegado precisamente al final del referido decenio, exacerbada, precisamente, por la situación límite que vivía el país, asediado por la hiperinflación, el terrorismo, el aislamiento de la comunidad financiera internacional y el creciente malestar social. De esa manera, las cúpulas políticas actuaron guiadas por una emotividad destructiva.

Sartori se cuestiona sobre las posibilidades de supervivencia de los sistemas de partidos con las referidas características, como es el caso peruano, cuando señala que:

“No cabe duda de que esta variedad de multipartidismo es un estado malsano de cosas para un cuerpo político (...) La política inmoderada e ideológica lleva a la parálisis pura y simple o a una secuencia desordenada de reformas mal calculadas que acaban en el fracaso. Esto no implica forzosamente que las comunidades políticas polarizadas estén condenadas a la impotencia y, a fin de cuentas, a la autodestrucción. Pero sí que difícilmente pueden

enfrentarse con crisis exógenas o explosivas”. 30

Con relación a esto último, podríamos manifestar que precisamente la política inmoderada, la polarización y la visión ideologizada sobre las opciones políticas (factores que comenzaron a aflorar a finales de los ochenta) afectaron al sistema de partidos y lo debilitaron para enfrentar lo que llamaríamos una amenaza exógena, como fue el nuevo autoritarismo que llegaría muy pronto.

Por otra parte, si bien Sartori pone énfasis en los partidos antisistema como un factor que podría determinar la supervivencia o no de los sistemas de pluralismo polarizado pensando en estos como partidos comunistas y fascistas, considerando los ejemplos de la Europa de pre y post guerra, estimamos que respecto de la situación peruana el accionar de los partidos o frentes bajo esta categorización, digamos tradicional, los cuales podríamos identificar con los grupos más radicales de la entonces Izquierda Unida, no tenían una verdadera capacidad para socavar el sistema de partidos. Los que sí tuvieron esa capacidad fueron los grupos terroristas, especialmente Sendero Luminoso, no obstante, esta agrupación estaba fuera del propio sistema.

A través del esquema de Sartori podemos arribar a una tipología que nos da una idea sobre las pautas de relación imperantes entre los partidos políticos a fines de la década de los ochenta, en donde no hubo equilibrio entre la competencia y la cooperación, en detrimento de esta última. Esto debilita la noción de sistema, cuya propiedad fundamental se da a través de relaciones institucionalizadas de competencia y cooperación. Aquí, en lugar de cooperación encontramos confrontación como principal ingrediente de las relaciones inter-partidarias y competencia electoral formal al momento de renovar las autoridades nacionales, cada cinco años. De otro lado, existe un aspecto que la aplicación del esquema de Sartori no clarifica, como sería la explicación del por qué ciertas pautas de relación predominan sobre otras.

Otra opción que nos permita una mayor comprensión de este conjunto de partidos políticos podría lograrse mediante la aplicación complementaria de algunos esquemas

³⁰ *Ibíd.*, p. 178.

teóricos, tales como el utilizado por Scott Mainwaring, en la obra *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization*, más acondicionado al estudio de las democracias emergentes, y que incorpora tres elementos destinados a alcanzar una mayor aproximación de los sistemas de partidos que se desempeñan bajo parámetros diferentes de los existentes en Europa Occidental. Dicho esquema nos presenta nuevas herramientas de comprensión, de las cuales utilizaremos para el caso el grado de institucionalización del sistema de partidos 1980-1992.

Esta nueva dimensión, más allá de la ideologización y la polarización de un sistema de partidos dado, nos puede proporcionar ideas sobre el grado de consolidación de un sistema como el peruano que obviamente mantiene diferencias con los existentes en Europa Occidental y los Estados Unidos.

El tema de la institucionalización de los sistemas de partidos que han existido en el Perú ya lo hemos abordado inicialmente en el capítulo correspondiente a la reseña histórica de los mismos, en donde hemos podido apreciar tanto la discontinuidad de estos sistemas y su paulatina y creciente desregulación, con lo que la capacidad para estructurar los procesos políticos dentro de cada uno ellos se fue debilitando.

Para contrastar el nivel de institucionalización del sistema peruano, siguiendo las propuestas de Mainwaring, nos referiremos a la estabilidad, los vínculos de los partidos con la sociedad, la legitimidad de los partidos y finalmente el personalismo en relación también con los partidos.

Respecto a la estabilidad del sistema de partidos, definida mediante la regularidad de los patrones de competencia, también podríamos agregar las capacidades de los partidos de mantener dentro de ciertas constantes su caudal electoral, en el caso peruano, si bien podemos observar, desde 1980 hasta 1992 (año del autogolpe de Fujimori) una regularidad que permitió la alternancia presidencial en tres oportunidades, entre Fernando Belaúnde (AP), Alan García (APRA) y finalmente Alberto Fujimori (C-90 NM), en lo que respecta a la constancia en los caudales electorales de los partidos que integraron el sistema, podemos decir que éstos sufrieron de una alta volatilidad, especialmente a finales de la década, considerando como ejemplo de dicha situación que

en 1980 Acción Popular y el APRA controlaban un 86.66% de los escaños parlamentarios y ya en el 2000 retuvieron solo un 7.50% de los mismos, lo que indica una caída del 91.35% (fuente: *Democracies in Development Politics and Reform in Latin America*, p.135).

Asimismo, los cuatro mayores partidos que acumularon más del 90% en las diferentes votaciones durante los ochenta bajaron estrepitosamente a un 71.5% en las elecciones municipales de 1989 y, posteriormente, cayeron en 68% respecto de las elecciones presidenciales de 1990³¹. Esta volatilidad implica cambios drásticos en las preferencias del electorado en el caso peruano, donde los partidos generalmente logran apoyos de poca duración, tras lo cual el electorado busca otras opciones para canalizar sus expectativas. Asimismo, la volatilidad nos sirve para hacernos una idea sobre la vida útil de los partidos, vale decir, el lapso de tiempo en que cada uno de estos partidos tuvo una influencia considerable, la que salvo el APRA, ha sido relativamente corta, ya sea AP, el PPC, un partido circunscrito al ámbito limeño, o la izquierda, que solo alcanzó cierta preponderancia después del velasquismo y tuvo serias dificultades para adaptarse al pluralismo político.³²

Lo anterior nos indica que el enraizamiento de los partidos políticos peruanos con la sociedad era más bien débil y que el electorado, en su mayoría, votaba buscando una satisfacción de sus propias expectativas, las cuales podían ir cambiando según las prioridades del momento. De su lado, los partidos optaron por establecer relaciones con énfasis en el ámbito de las organizaciones gremiales o empresariales, confiados en las posibilidades de intermediación de esos organismos. Por ejemplo, Acción Popular y el PPC tenían nexos con la Sociedad Nacional de Industrias o la Sociedad Nacional de Minería, etc., de igual modo los partidos de izquierda estaban vinculados con los diferentes sindicatos, inclusive muchos de los dirigentes de estos partidos eran sindicalistas, todo ello tenía lugar dentro del lado formal de la sociedad peruana. De esa manera, los partidos no lograron establecer una clara identificación con otros sectores

³¹ Tanaka, Martín. *De la crisis al colapso de los sistemas de partidos y los retos de su reconstrucción: los casos de Perú y Venezuela*. Instituto de Estudios Peruanos, junio de 2002, p.2

³² Linch, Nicolás. *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes Perú 1980-1992*. UNMSM. Lima, 1999, pp. 136-137.

del electorado que se encontraban más allá de esos límites, lo cual les dificultó la estructuración de preferencias políticas .

Existía un vasto conglomerado comprendido por informales y nuevos sectores emergentes que eran el resultado de las sucesivas olas migratorias llegadas a la ciudad de Lima desde el mundo rural. Este fenómeno comenzó, tímidamente, a partir de 1940 y ya para 1981 las dos terceras partes de la población de la capital eran de origen provinciano; habiendo pasado el número de migrantes de 300,000 a 1.900.000 a comienzos de la década de los ochenta, quienes pugnaban por incorporarse a la vida urbana con todas las implicancias que de ello se deriva. De manera que la migración tuvo un importante impacto en las demandas electorales y constituye un factor a considerar para explicar los cambios en el ambiente del sistema que rodeaba a los partidos políticos.³³ Ello nos relaciona con un importante elemento de la institucionalidad de los sistemas de partidos que es la legitimidad, es decir, el nivel de aceptación y reconocimiento que estas mayorías otorgaron al multipartidismo en el Perú, el cual no parecía incorporarlos y, en consecuencia, no era percibido como parte insustituible del juego político.

En cuanto al grado de institucionalización de sistema, debemos centrarnos en la organización de los partidos, la cual, en un sistema institucionalizado, debe estar por encima de los liderazgos personales, lo que, en palabras de Mainwaring, le daría a dicha organización partidista un valor propio y estatus independiente. A diferencia de ello, en el caso peruano, la identificación política y partidaria ha tenido un carácter personalista y/o caudillista y, consiguientemente, el sistema de partidos en cuestión y los anteriores estuvieron compuestos por organizaciones de raigambre caudillista, que giraban en torno a un líder carismático con una estructura partidaria débil, trátase del partido de Belaunde (AP), de Bedoya Reyes (PPC), de Barrantes (IU) o inclusive el APRA, el de más fuerte organización partidaria, era el partido de Haya de la Torre (su fundador) o últimamente el partido de Alan García.

Finalmente, cabría aquí que volviéramos a lo señalado anteriormente cuando nos

³³ De Soto, Hernando. *El otro Sendero*, Instituto Libertad y Democracia. Bogotá Editorial Printer Colombiana, p. 8.

referíamos a unas de las características más saltantes de los partidos políticos peruanos y que no ha estado ausente en el sistema de partidos de este período (1980-1992), la confrontación, que ha estado presente como un elemento permanente en la interacción entre los partidos dentro del sistema, en lo que Nicolás Lynch ha llamado “enfrentamiento entre antiguas subculturas antioligárquicas” agravado por la “polarización ideológica”, enfrentamiento que da lugar a un juego de suma cero entablado entre la oposición y quien se encuentre en el gobierno, ello siempre ha primado sobre la relación de cooperación y competencia, que constituye lo fundamental en un típico sistema de partidos políticos.

En ese sentido, esta vorágine que desató el enfrentamiento dañó rápidamente la imagen de los principales actores políticos, tal como ocurrió en las postrimerías de la década de los ochenta con los “antiguos” partidos que se turnaron en el poder como Acción Popular-PPC y el APRA, alcanzando también este fenómeno a los componentes de la Izquierda Unida. Esta continua interacción de confrontación causó un efecto negativo frente a la nueva composición social del país más democratizada, la cual ha tenido una menor tolerancia al típico vínculo dado entre el líder carismático y la masa indiferenciada.³⁴

Ahora bien, consideramos central reiterar el deslinde sobre el término de sistema de partidos que hemos venido utilizando para el caso del Perú, el cual se refiere más a un conjunto de partidos que a un sistema propiamente dicho, en razón de la inherente fragilidad institucional y la confrontación, como denominador común, prevaleciente en las interacciones dadas entre los principales actores políticos. En ese sentido, concordamos con la tesis de Nicolás Lynch, quien plantea que en el fondo se trata de sistemas incipientes y destaca la importancia del tipo de interacción como definitoria del rol de los partidos, entidades que se encuentran en tránsito de pasar de la confrontación congénita hacia prácticas más o menos estables de competencia y cooperación, dentro de un marco democrático.³⁵

³⁴ Lynch, Nicolás. Lima, ob. cit., p. 259

³⁵ *Ibid.*, pp. 49-50.

2.3) Ambiente y diferentes factores que afectaron a los partidos

Estimamos que el análisis no estaría completo solamente con una visión de las relaciones inter-partidarias, por ello lo entenderemos mejor mediante el enfoque empleado por David Easton, que contemple las interacciones de los partidos y su ambiente, al referirnos al ambiente estamos señalando a todos los aspectos que van más allá del conjunto de partidos, de esa manera arribamos al campo de lo social que incluye tanto los ambientes intra y extra societales. Del primero nos interesan las estructura social, el sistema económico y el sistema cultural. En cuanto a lo extra societal, para el caso, tendrán relevancia los sistemas políticos internacionales y los sistemas sociales internacionales, concretamente, el sistema económico internacional.

El enfoque se centra precisamente en estas relaciones partidos-ambiente consistentes en demandas; las demandas que el ambiente ejerce sobre el sistema de partidos y la capacidad de este último para procesarlas, ya sea para asumirlas o desactivarlas, de esta habilidad dependería la supervivencia del sistema de partidos. Se trata de un esquema clásico integrado por sistemas interconectados como piezas de relojería donde se producen emisiones de *input-output-retroalimentación*, al que otorgamos principalmente un valor metodológico.

Para Easton, el devenir de un sistema político dado, ya sea su permanencia o cambio tendrá relación con el comportamiento de variables en su interior, también de ese comportamiento, las demandas que reciba así como las respuestas que llegue a producir serán el resultado de lo que acontezca en el ambiente que rodea al sistema político, así tenemos que: “un sistema político en un sistema abierto , en el sentido que esta expuesto, en diversos grados en lo que ocurre en su ambiente”³⁶

Estos *inputs* (demandas) se pueden generar dentro del propio sistema o ser enviados desde ambiente circundante, y ejercen una perturbación sobre el sistema de partidos, este término utilizado por el propio David Easton, adquiere la siguiente connotación:

“Con él hacemos referencia a todas las actividades del ambiente o

³⁶ Easton David, *Esquema para el Análisis Político*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1999, p. 111

del interior del sistema que cabe esperar que desplacen a un sistema de su pauta actual de funcionamiento (o que lo desplazan efectivamente), prescindiendo de si tal desplazamiento en o no tensivo para aquel (...) Las perturbaciones variarán enormemente en número y diversidad. También variarán sus consecuencias; por consiguiente se pueden clasificar como neutrales, benignas o tensivas según el grado en que afecten las oportunidades de subsistencia de alguna clase de sistema político”.³⁷

No obstante, para Easton, los sistemas políticos y sus actores tienen la posibilidad no siempre aprovechada como podremos ver en el caso peruano de responder a las tensiones, procurando la persistencia de algún sistema político dado. En ese sentido, consideramos que el periodo más crítico para los partidos de los años ochenta estuvo situado a finales de esa década, en el cual se hicieron sentir las perturbaciones originadas en el ambiente del sistema político del Perú y de sus partidos.

Dichas perturbaciones emanaron, principalmente, de la irrupción de los sectores informales (lo que implicó cambios sociales y culturales), del recrudecimiento de las acciones de grupos terroristas, de la aguda crisis económica que vivió el país, del aislamiento respecto del sistema económico internacional (debido a la decisión unilateral del pago limitado de la deuda externa) y el avance de las concepciones neoliberales que estaban desplazando a los modelos de “matriz estado céntrica”, la cual había definido el papel del Estado en el Perú, décadas atrás. También no debemos pasar por alto otra importante fuente de perturbación, proveniente no del propio sistema de partidos, sino del sistema político como fue la emergencia de los actores políticos independientes.

Como se afirma en el trabajo realizado por Levitsky y Cameron³⁸ a finales de la década de los años ochenta el sistema de partidos que venimos reseñando comenzó a recibir la confluencia de una serie de embates de carácter político, social y económico, el primero

³⁷ *Ibíd.*, p. 131

³⁸ Levitsky, Steve y Cameron Maxwell. *Democracy without parties? Political Parties and Regime Collapse in Fujimori's Peru*, Washington D.C, september 6-8, 2001, p.12

de ellos fue, como ya lo adelantáramos, el peso, en el escenario, del sector informal urbano, un vasto conglomerado humano que llegó a alcanzar casi la mitad de la población económicamente activa, cuyo origen había estado en las sucesivas migraciones de las distintas regiones rurales del país hacia la capital, a quienes la economía formal no estaba en condiciones de absorber y subsistía gracias al “autoempleo”.

Como ya lo hemos mencionado, el proceso de urbanización, fruto de la migración interna, se fue acelerando desde su inicio en 1940 donde se tenía el 35.4% de población urbana, pasando en 1961 al 52.6% y posteriormente a 59.5% en 1972, a 65.2 % en 1981, para alcanzar el 70.1% en 1993.³⁹ Del mismo modo, buena parte de la población migrante interna y sus descendientes, debido a los problemas de inserción laboral en la vida urbana, pasaron a engrosar el sector informal, cuyos componentes llegaron durante 1990 al 52.7% de la población económicamente activa distribuidos, principalmente, en labores de trabajadores independientes (33.4%) y microempresarios (14.5%)⁴⁰

Dicho sector, debido a sus características particulares y sumamente heterogéneas en términos de identidad, orígenes e intereses, no tenía una afiliación con sindicatos o lealtades políticas claras respecto a los partidos del sistema; también en parte, debido a esas características, los partidos políticos, acostumbrados a establecer nexos con sectores mucho más definidos, difícilmente pudieron lanzar estrategias exitosas para captar el considerable caudal de votación que representaba dicho sector social.

Asimismo, los citados autores señalan otros dos factores que crearon turbulencia sobre el sistema de partidos, uno de ellos fue la crisis económica que se agudizó hasta llegar a la hiperinflación, a finales de los años ochenta, con el gobierno de Alan García y la creciente amenaza que representaron, por la violencia desatada por los grupos terroristas alzados en armas del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru y especialmente Sendero Luminoso, los cuales obviamente intentaron destruir el sistema político existente.

³⁹ Instituto Nacional de Estadísticas e Informática (INEI)-cuadro de Población Urbana y Rural 1940-2002.

⁴⁰ OIT/Lima-Panorama Laboral 99-Anexo Estadístico (Cuadro 5ª).

Martín Tanaka cuando se refiere, en otro de sus trabajos, al ambiente que rodeó la campaña electoral presidencial de 1990, la cual cerraba una década de actuación de los partidos y el sistema político peruano, hace la siguiente y reveladora reseña sobre los hechos:

“El contexto de la campaña fue especialmente crítico, marcado como vimos por una fuerte recesión, un proceso hiperinflacionario, y altos niveles de violencia política; Sendero Luminoso por esos años, por ejemplo había decretado haber llegado al equilibrio estratégico con las fuerzas del orden, paso previo a la ofensiva estratégica que llevaría a la toma del poder, e iniciaba el cerco a la ciudad de Lima. En ese contexto, los actores políticos principales tomaron decisiones equivocadas con consecuencias desastrosas. El contexto de crisis y violencia, a la percepción (correcta) de que se vivía una situación de agotamiento de un ciclo político y la posibilidad de empezar uno nuevo, llevó a los actores a abandonar conductas adversas al riesgo, a ser audaces, y tomar decisiones no programáticas, sino marcadas por razones ideológicas; esto agudizó las contradicciones y los conflictos internos de los actores principales, produciéndose un vacío de representación que sería aprovechado por el hasta entonces desconocido Fujimori”.⁴¹

De esa manera, la incapacidad de los actores políticos para resolver estas acuciantes amenazas y la relativamente reducida habilidad de éstos para sintonizarse con vastos sectores de la población habrían contribuido a un paulatino pero incesante desprestigio de importantes miembros del sistema de partidos políticos y que constitúan su centro de gravedad, como Acción Popular y el APRA, a lo largo de los años ochenta.

Asimismo, para Levitsky y Cameron, los signos de debilitamiento del sistema de partidos políticos comienzan a manifestarse, específicamente en 1989, cuando Ricardo Belmont, un independiente, es decir no vinculado a ningún partido ni a trayectoria política alguna, ganó las elecciones a la alcaldía de Lima Metropolitana, encabezando

⁴¹ Tanaka, Martín. *De la crisis al colapso de los sistemas de partidos y los retos de su reconstrucción: los casos de Perú y Venezuela* (versión preliminar). Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 2002, p. 7.

una agrupación hasta hacía poco inexistente denominada “Movimiento Obras”, con el 44% de los votos.⁴²

Bajo el esquema de Easton, cuando las perturbaciones no obtienen respuestas adecuadas por parte del sistema político, devienen en tensivas y pueden llevar a la destrucción total del sistema⁴³. En el caso peruano estas perturbaciones tensivas, si bien no lograron anular al sistema político, definitivamente contribuyeron a modificar la pauta que en ese entonces regía para el funcionamiento del sistema político al debilitar el papel de actores principales que venían desempeñando los partidos políticos, desde 1980.

2.4) Situación de los partidos políticos

No obstante ello, Martín Tanaka⁴⁴ recalca la idea que aún, a finales de la década de los 80, los partidos políticos exhibían una relativa fortaleza y con ellos también el propio sistema que los contenía. En ese sentido, señalaba que los “partidos de derecha” (AP y PPC), en el poder de 1980 a 1985, después de haber quedado en una situación minoritaria, habían logrado recomponerse en torno a la ideología neoliberal bajo el liderazgo del escritor Mario Vargas Llosa, en un nuevo frente denominado Frente Democrático, el cual agrupaba a Acción Popular, el Partido Popular Cristiano y al Movimiento Libertad. El FREDEMO llegó a constituirse como una opción de primera línea para las elecciones presidenciales de 1990, en las que alcanzó a ganar la primera vuelta electoral, con un 41% de los votos.

Cabría puntualizar sobre esta recomposición de la derecha; en primer lugar, estimamos que en el Perú no se podría hablar de partidos de derecha propiamente dichos, ya que ni el PPC ni AP han tenido una conexión histórica demasiado clara y definida con sectores o grupos de derecha y si esta ha existido, ha tenido un carácter circunstancial, puesto

⁴² Levitsky, Steve y Cameron Maxwell. *Democracy without parties? Political Parties and Regime Collapse in Fujimori's Peru*, Washington D.C, september 6-8, 2001, p. 13.

⁴³ Easton David, *Esquema para el Análisis Político*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1999, p. 131.

⁴⁴ Tanaka, Martín. “Los espejos y espejismos de la democracia y el colapso de un sistema de partidos Perú, 1980-1995”, en *Perspectiva Comparada* (versión preliminar). FLACSO- Sede Académica de México. 1997, p. 7.

que, después del Partido Civil, estos sectores heterogéneos no crearon partidos que los representen de una manera permanente y optaron por acercarse a quienes de momento pudieran proteger sus intereses, ya sean éstos militares o las diferentes agrupaciones políticas que se dieron a lo largo de la vida republicana, entre los que podemos encontrar al propio partido aprista.

En cuanto a la reconstitución de los partidos de derecha en 1989, como dijimos, a través del FREDEMO, esta alianza, además de ser meramente coyuntural y efímera como lo demostraron los hechos, después de 1990 estuvo plagada de rivalidades entre los líderes de Acción Popular y el PPC, así como de cúpulas dirigentes que temían verse relegadas por la figura de Mario Vargas Llosa y de los integrantes del nuevo Movimiento Libertad, que impulsaba las reformas neoliberales, lo cual contribuyó en definitiva a minar la candidatura del escritor.

En lo que respecta a la tendencia de izquierda, representada por el frente denominado Izquierda Unida (IU), que en la práctica actuaba como un espacio de coordinación de una altamente fragmentada composición de pequeños partidos, ya hacia finales de los años ochenta había entrado en un periodo de crisis interna debido a la imposibilidad de integrar las diferentes tendencias (especialmente la moderada liderada por el ex Alcalde de Lima Alfonso Barrantes y las “radicales” impulsadas por pequeños grupos tales como el Partido Unido Mariateguista y el Frente Obrero Campesino Estudiantil del Perú, los cuales soñaban al parecer, con acceder al poder mediante una insurrección) que se daban en su seno, lo que tuvo profundas consecuencias en su identidad como agrupación, aspectos organizativos, e identidad, especialmente frente a la percepción de los electores, teniendo en cuenta la política de corte populista desarrollada por el gobierno del APRA. Finalmente, la Izquierda Unida, al igual que el FREDEMO, también desapareció. Sin embargo, la IU, ni siquiera pudo llegar con un candidato único en las cruciales elecciones presidenciales de 1990.

En lo concerniente al APRA, quizás el partido político con mayor capacidad de supervivencia en la historia del país, en las postrimerías de su primera y única experiencia en el poder presidencial (1985 a 1990) había dejado al Perú sumido en una

profunda crisis, la cual también afectaría la imagen de dicho partido y sus posibilidades para la contienda electoral de 1990.

Asimismo, estas posibilidades estuvieron aun mermadas por disensiones internas relativas a su liderazgo en la organización ya que ante la imposibilidad constitucional para que Alan García compitiera para lograr una reelección presidencial, además de la situación límite a que se había llegado, hicieron que surja una disputa interna por el control del partido, entre el entonces Presidente y el Secretario General del APRA, Luis Alva Castro, hecho que tuvo repercusiones en el desempeño de la candidatura presidencial de este último, la cual recibió solo un tenue apoyo por parte de la dirigencia de su propio partido.

De esa manera podemos percibir que las tres grandes agrupaciones políticas de entonces el FREDEMO, el APRA y la IU, a pesar de mostrar una aparente fortaleza, basada en que el FREDEMO encarnaba una supuesta reconstitución de la derecha; el regular resultado alcanzado por el APRA en la primera vuelta electoral (22%) en las elecciones presidenciales de 1990 o los considerables esfuerzos realizados por la izquierda para su consolidación, estas agrupaciones pasaban por una profunda crisis que a la postre marcó el desplome tanto del FREDEMO como de la IU, e incluso afectó electoralmente al APRA.

CAPÍTULO III

Aparición de los actores políticos independientes

Según lo expresado anteriormente, es importante tratar el tema de los *outsiders* de la política, puesto que los consideraremos, dentro del esquema trazado como fuentes de perturbación del sistema de partidos, recordando que el término perturbación en el modelo de David Easton tiene que ver con todo aquello emanado del ambiente del sistema político que tiene como efecto potencial sacar a éste de su pauta acostumbrada de funcionamiento.

Estimamos conveniente hacer una distinción entre los términos de independiente y *outsider*, en el caso del Perú, como bien señala Nicolás Lynch, pues ya con anterioridad habían hecho su aparición en el escenario político líderes que eran percibidos como independientes al no tener origen en el seno de partidos políticos constituidos y pretender cierta distancia con éstos, ahora bien, los *outsiders* aparecen desde el exterior del conjunto de partidos o proto sistema de partidos y buscan que la población, con intereses diversos y fragmentados se identifique con su persona. Asimismo, el *outsider* niega que la actividad política deliberativa pueda cambiar el estado de una situación dada y busca un cambio del régimen político.⁴⁵

Cuando estos *outsiders* han sido de alguna manera definidos por medio de sus formas de hacer política ésta se ha caracterizado como la política de la antipolítica, tal como lo expresa el autor Rene Mayorga en el sentido de: “una política cuyo núcleo es una política electoral llevada a cabo por actores ajenos al sistema partidario con recursos sacados del arsenal de la crítica contra los partidos y las élites políticas establecidas (Schedler, 1994). Esta política se desarrolla en el terreno de la democracia, pero atacando implacablemente a sus protagonistas principales, los partidos”.⁴⁶

⁴⁵ Lynch, Nicolás. *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes Perú 1980-1992*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 1999, p. 233.

⁴⁶ Mayorga Renè. *Antipolítica y Neopopulismo en América Latina*. <http://www.upd.oas.org/cursos/documentos/aspSmartupload/files/mayorga-capítulo 9. doc>. p. 2

Siguiendo al referido autor, el avance de este tipo de actores políticos, como ha sucedido en diversos países, estaría determinado por una serie de condiciones específicas de situaciones concretas, relativas a los sistemas multipartidistas y presidencialistas. Dicha emergencia tendría relación con factores de índole institucional que les son favorables, vinculados a “sistemas de partidos en descomposición, multipartidismo fragmentado y gobiernos divididos”⁴⁷

Asimismo, Mayorga señala una serie de características sobre los *outsiders* y su accionar a través de la antipolítica que consideramos útiles para el caso peruano. Ellas son que la antipolítica se manifiesta como una forma de hacer política que intenta prescindir de los partidos políticos y las pautas propias del sistema político; que es una actividad llevada a cabo por independientes políticos, vale decir, ejecutada por actores provenientes de las fronteras del sistema o totalmente extra sistémicos, alentados por sistemas de partidos en crisis, en este último sentido, suelen utilizar un discurso contra los partidos que busca demostrar que dichas organizaciones son prescindibles. Dentro de esta línea, de acuerdo con Mayorga, dicha política tendría su asidero filosófico en una democracia directa inspirada en las concepciones de Rousseau, la cual desestima las estructuras de mediación política tales como los partidos, entidades que desempeñarían un papel negativo al distorsionar la voluntad de la ciudadanía

El autor indica también algo que tiene proximidades con las situaciones prevalecientes en el Perú, en lo tocante al ambiente propicio para la emergencia de los *outsiders* políticos, cuando relaciona el surgimiento de tales actores con condiciones de avance de la pobreza y de grupos marginales sin vinculación respecto del sistema de partidos (como el sector informal) y la incapacidad de éste para transmitir sus demandas sociales. Los *outsiders*, dentro del esquema trazado, funcionan como fuentes de perturbación sobre el proto sistema de partidos, recordando que el término perturbación en el modelo de David Easton tiene que ver con todo aquello emanado del ambiente del sistema político que tiene como efecto potencial sacar a éste de su pauta acostumbrada de funcionamiento.

23 *Ibíd.*, p. 4.

En cambio, los independientes, generalmente, han terminado por convertirse en *insiders*, fundando nuevas agrupaciones que participaron del juego desarrollado por los demás partidos, como es el caso de Ricardo Belmont, Alfonso Barrantes y Mario Vargas Llosa, especialmente estos últimos, quienes llegan a liderar la oposición y surgen como opciones importantes para realizar cambios; sin embargo, no pretenden un rompimiento con el orden pluripartidista (democrático), ni se oponen a la actividad política deliberativa, tal como lo haría un *outsider*.⁴⁸

El surgimiento de los independientes como los *outsiders* tiene una relación con la debilidad “intrínseca” de los mismos partidos políticos, los cuales se vieron obligados a tratar de captar y apoyar candidaturas independientes, mostrándolas como productos “despartidarizados”. En ese sentido, el autor plantea que se dieron tendencias para promover listas de independientes con la finalidad de que entraran en competencia y restaran votos entre las agrupaciones políticas más importantes. Los independientes podían actuar a través de listas vecinales, movimientos regionales, etc.; a ello Planas agrega:

“hemos visto dos clases de independientes que merecen nuestra atención. En primer lugar, aquellos que sin tener militancia alguna son invitados a participar en las listas de candidatos y, al acceder al Congreso, conservan su independencia. Y, en segundo lugar, aquellos que dejan la agrupación original en la cual militaban, bien para incorporarse a otra o para asumir un liderazgo personal y crear su propia agrupación. En ambos casos el independiente está adentro y usa a la organización y las listas partidarias como una especie de caballo de Troya”.⁴⁹

Ahora bien, en estas últimas líneas tenemos una interesante apreciación de cómo a partir de qué situación el sujeto comienza a actuar como un independiente político y tenemos dos casos ya sea por invitación o por separación de la agrupación a la que pertenecía y, según hemos visto, esta aparición de sujetos actuando en política sin aparente conexión

⁴⁸ Lynch, Nicolás. *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes Perú 1980-1992*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 1999, p. 233.

⁴⁹ Planas, Pedro: *La Democracia Volátil*. Lima: Fundación Friedrich Ebert. 2000, p. 244.

partidaria, como acertadamente señala Planas, tenía su raíz en la debilidad de los principales partidos, quienes por razones estratégicas fomentaban este tipo de competencias. En ese sentido, creemos que existe un factor adicional, también originado en los partidos que ha fomentado la aparición de *outsiders* e independientes, el cual si se quiere tiene asimismo relación con la endémica precariedad institucional de los partidos políticos peruanos, en los cuales es sumamente difícil hacer “carrera política” desde las bases hasta la cúpula partidaria, ya que esa importante porción del partido se encuentra permanentemente ocupada por el líder carismático y su entorno más próximo, el cual difícilmente acepta alguna renovación o relevos medianamente significativos.

De esa manera, los líderes potenciales y con cierta proyección de hacer carrera política que se encontraban fuera del pequeño círculo de poder en los partidos, debían contentarse con posiciones de segundo orden, o bien “emigrar” y convertirse en independientes, con posibilidades de crear su “propia” organización política. Por lo tanto, era la propia debilidad institucional de los partidos, ya sea del Partido Popular Cristiano, Acción Popular, el APRA o las izquierdas, la que impedía la oxigenación partidaria, mediante la incorporación de potenciales líderes y nuevas figuras. Es así que los partidos se veían obligados a mostrar cierta renovación a través de la asociación con independientes.

De igual forma, debido a esta disfunción institucional, aquellos potenciales actores o líderes políticos no partidarios rehuían de la afiliación partidaria, sabiendo que tendrán poca o ninguna posibilidad de escalar posiciones dentro de un partido, y de hecho preferían lanzarse como independientes y de ser posible establecer una nueva agrupación política (muchas veces un mero vehículo personal hecho a la medida).

Como ejemplo del primer caso de debilidad de los partidos, en este caso debilidad política, tenemos que ya en 1983 el entonces Presidente Belaúnde intentó lanzar la candidatura de Ricardo Belmont como Alcalde de Lima, quien era un reconocido animador televisivo y radial, propuesta que no prosperó y debió ser reemplazada por otro independiente, Alfonso Grados (de inspiración socialdemócrata) para llenar ese vacío. Como acertadamente infiere Pedro Planas, se trató de una estrategia del líder de

Acción Popular para darle mayor “sintonía social” a su partido al aparecer asociado a un actor político como Grados que tenía tendencias socialdemócratas, con actitudes críticas a las políticas de ajuste económico que le habían restado apoyo a su partido, el mismo que no contaba con ningún candidato capaz de obtener un resultado electoral aceptable en la campaña por la alcaldía de Lima. Aquí Planas señala:

“En consecuencia, a mediados de 1983 vemos que el partido más votado en las elecciones generales de mayo de 1980 y en las municipales de noviembre de 1980, que tenía en sus manos toda la maquinaria del gobierno y gozaba de mayoría en ambas Cámaras, necesitaba apelar a figuras independientes para ganar o conservar cierto nivel de respaldo ciudadano. En honor a la verdad, esta estrategia de Belaúnde no fue un caso aislado”.⁵⁰

Al mencionar el carácter de práctica generalizada de vincularse con independientes por parte de los partidos políticos, se hace una referencia a lo hecho por el Partido Aprista, el Partido Popular Cristiano y la Izquierda Unida, agrupaciones que también debieron acudir a candidatos “recientemente asimilados” y mostraban un apreciable grado de distancia con las respectivas cúpulas partidarias y las imágenes que éstas proyectaban, como fueron Alfredo Barnechea (APRA), Ricardo Amiel (Partido Popular Cristiano) y Alfonso Barrantes (Izquierda Unida), cuyas candidaturas exhibían curiosamente como punto fuerte el mantener cierto grado de desvinculación con el partido que los promocionaba.

En esta situación, además de la debilidad partidaria señalada por Planas, podemos apreciar la fragilidad institucional que postulamos en los principales partidos políticos, los que debido a la oclusión de sus canales internos, difícilmente podían general en sus propias filas nuevos y verdaderos liderazgos capaces de atraer a los votantes, los cuales se volcaron considerablemente hacia estos candidatos independientes, como hemos podido apreciar desde los primeros años del sistema de partidos iniciado en 1980, una tendencia que se acentuó con las postrimerías de la década cuando los partidos Acción Popular, el Partido Popular Cristiano, el APRA, el frente Izquierda Unida sufrieron un

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 245.

gran desgaste, lo que otorgó mayor capacidad de maniobra a los mencionados actores políticos independientes.

Por otra parte, Planas apunta otro hecho relacionado con la debilidad de los partidos que se dio de la mano con el ascenso de los independientes, y es el relativo a las crecientes deserciones que afectaban a los principales partidos, ya tempranamente en el Congreso elegido en 1980, por ejemplo, la renuncia del congresista Enrique Chirinos Soto al APRA y la salida de un grupo de partidarios (a la sazón diputados) de esta agrupación para conformar el Movimiento de Bases Hayistas (MBH), quienes reclamaban estar más cerca de las ideas y trayectoria política del líder histórico Víctor Raúl Haya de la Torre.

Asimismo, como indica el referido autor, con la adopción del voto preferencial, aplicado por primera vez para las elecciones parlamentarias de 1985, se favoreció aún más la emergencia de los actores políticos independientes y se desataron una serie de esfuerzos entre los partidos para “reclutar” a candidatos independientes para llevarlos al Congreso como aliados políticos.

Esto produjo a su vez un efecto de despartidarización en la competencia electoral ya que estos independientes asociados, pero no incluidos en las listas de los partidos, solo buscaban promocionar su propia imagen, e inclusive los miembros de un mismo partido luchaban entre sí para alcanzar un asiento en el Parlamento, dejando atrás el marco partidista. De modo que, al término de las elecciones de 1985, estos independientes alcanzaron la nada despreciable cantidad de veinte asientos en el Congreso, cifra que obviamente no definía bloque alguno, sino un grupo de lo más variopinto. Asimismo, por lo general, cuando estos independientes alcanzaban una curul, bajo el auspicio de alguno de los partidos principales, éstos marcaban distancia con sus patrocinadores iniciales.

3.1) La aparición del candidato Belmont

Un tratamiento aparte merece la aparición de Ricardo Belmont Cassineli como paradigma del candidato independiente exitoso y típicamente mediático en la arena

electoral peruana. Belmont, allá por la década de los ochenta había sido un popular animador de radio y televisión, quien como adelantáramos, ya tempranamente en 1983 tuvo una aproximación con el terreno de la competencia política bajo el proyecto del entonces Presidente Fernando Belaúnde Terry de asociarse a un independiente con popularidad, para ponerlo como candidato con posibilidades a la Alcaldía de la ciudad de Lima, proyecto que a la postre no prosperó.

Tal como encontramos documentado en la obra de Pedro Planas, Belmont reunía en si el carisma personal y una imagen de exitoso empresario de la radio y la televisión que utilizaba un lenguaje sencillo y directo en su programa televisivo de larga duración denominado “Habla el Pueblo”, mediante el cual alentaba las llamadas telefónicas en donde los televidentes podían participar directamente comentando sus problemas cotidianos, lo que le otorgaba a dicho animador, que ya gozaba de gran sintonía, una enorme popularidad.

Posteriormente, tuvo la idea de fundar un canal de televisión propio denominado RBC, cuyo nombre coincidía con sus siglas personales (Ricardo Belmont Casinelli), lo novedoso de este experimento fue que utilizó su popularidad a fin de lograr el financiamiento requerido para instalar la emisora televisiva, mediante un accionariado difundido entre sus telespectadores, en donde cada uno para convertirse en socio o “errebecista” debía aportar cinco Intis (una cantidad irrisoria para la moneda en curso legal en aquel periodo, el Inti), lo cual tuvo amplia acogida entre el público, logrando recaudar alrededor de USD 10,000, a través de la participación de un accionariado considerable (ciento diez mil socios), principalmente compuesto por clases medias y populares.

Belmont, al apreciar la enorme acogida que tenía entre el público, comenzó a tomar conciencia que podía asumir responsabilidades políticas y fue introduciendo precisamente una temática política en sus emisiones. En 1989 ganó la Alcaldía de Lima frente a los candidatos de los grandes partidos políticos, en momentos, como indica Planas que se producía un proceso de cambio de lealtades en el electorado (hacia los independientes), ya que para el electorado no pasaba desapercibido el intenso desgaste

que sufrían Acción Popular, su aliado el Partido Popular Cristiano, el APRA y la Izquierda Unida, agrupaciones a las que no percibía como una verdadera alternativa de Gobierno.

Con el triunfo electoral de un actor independiente como Alcalde de Lima, utilizando un pequeño movimiento denominado, simplemente, “Obras”, quedó demostrado que ya no era necesaria la constitución de un partido político para tener éxito en la competencia electoral, con todas las complejidades y exigencias que ello demandaba en recursos, organización, presencia nacional, estatutos, doctrina política, concertaciones y arduas negociaciones políticas; bastaba entonces con prescindir de todo aquello y tener una gran cobertura mediática que proporcione un acceso personal directo y masivo a la ciudadanía.

Esto último resulta importante por cuanto marca un punto de inflexión en la política peruana con el empleo masivo de los medios de comunicación, en especial la televisión que definió el empleo de lo mediático como el campo en donde, a partir de allí se realizaría buena parte de la competencia electoral y política.

3.2) La aparición del candidato Fujimori

La aparición de Fujimori como candidato, es decir, como competidor electoral con opciones, está relacionada con la coyuntura política de ese período y tanto Martín Tanaka como Pedro Planas coinciden en señalar que dicha “irrupción” electoral tuvo lugar como consecuencia de un manejo partidario; inclusive Planas va más allá al indicar la existencia de una estrecha cercanía de Fujimori con el APRA al manifestar que:

“Fujimori no era propiamente un independiente. Claro que no. Era un técnico ‘apristón’ y mantenía lealtad y cercanía con García y con el gobierno aprista, a cuyos dirigentes y funcionarios solía frecuentar. Entre 1984 y 1985, participó en el capítulo agrario de la Comisión Nacional de Plan de Gobierno del PAP (CONAPLAN), que presidió Luis Alva Castro. Algunas fotos de 1984, publicadas

por la revista Oiga, lo muestran en el local central del Partido Aprista (Alfonso Ugarte), junto a Alan García y otros connotados dirigentes y técnicos apristas.⁵¹

Por su parte, en Tanaka⁵² encontramos que debido a la rivalidad sostenida por el entonces Presidente Alan García con el Secretario General del APRA, Luis Alva Castro, por el control del partido y el impedimento constitucional que tenía García para competir por una reelección inmediata a la Presidencia de la República, eran hechos que habían impulsado a García a contar con un candidato, que no provenía de su propio partido, para las elecciones generales de 1990, con la finalidad, precisamente, de socavar la candidatura de Alva Castro.

Este candidato era el líder de la Izquierda Unida, Alfonso Barrantes; de esa manera, García buscaba que, sin apoyo partidario, Alva Castro no pudiese pasar a la segunda vuelta electoral, con lo cual fracasaría y se eclipsaría su figura política, ya que aparte de la presidencia, Alva Castro no había postulado simultáneamente al Congreso. Es más, el ya citado autor estima que el triunfo de Fujimori se debió en buena medida a una segunda estrategia trazada por Alan García, quien al darse cuenta que el candidato Barrantes venía bajando en las encuestas, y por el contrario, Fujimori iba saliendo del rubro “otros” de los sondeos, impulsado por la intención de voto de un electorado sumamente volátil, decidió apoyar con todos los recursos disponibles al candidato Fujimori, también en contra de la candidatura de Mario Vargas Llosa, en ese sentido afirma:

“Se produce así el encuentro de un movimiento espontáneo de una parte del electorado, que estaba buscando un candidato ‘independiente’ y los intereses de García. Pero además, en la votación de Fujimori en la elección de abril está también una importante intervención de ‘votantes estratégicos’, corroborando un patrón que registramos también en 1980 en la elección de

⁵¹ *Ibid.*, pp. 296-297.

⁵² Tanaka, Martín. “Los espejos y espejismos de la democracia y el colapso de un sistema de partidos Perú, 1980-1995, en *Perspectiva Comparada* (versión preliminar). FLACSO-Sede Académica de México. 1997, p. 38.

Belaúnde y en 1985 en la de García. Es decir hubo muchos votantes que tenían como primera opción ‘real’ algún candidato de partido, pero en la medida en que más importante para ellos era evitar el triunfo de Vargas Llosa, votaron por Fujimori para no ‘desperdiciar su voto’ “. ⁵³

De esa forma, la intención de voto hacia Fujimori se encontró en constante ascenso, quien con un 29.1% logró pasar a la segunda vuelta, acompañando al candidato Mario Vargas Llosa con el 32.6% de los votos, atrás quedaron otros competidores como Luis Alva Castro del APRA (22.5%), Henry Pease de Izquierda Unida (8.2%) y Alfonso Barrantes de Izquierda Socialista (4.7%), estos últimos, representantes de la izquierda dividida. Debemos hacer notar que los dos candidatos que pasaron a la segunda vuelta, tanto Vargas Llosa como Fujimori eran relativamente recién llegados a política, aunque el primero se encontraba al frente del FREDEMO que agrupaba a dos partidos ya existentes, Acción Popular y el Partido Popular Cristiano, por su parte Fujimori se había presentado con una agrupación nueva denominada Cambio 90.

Ya en la segunda vuelta el clima político se enrareció aún más con las campañas mediáticas especialmente en contra del candidato Mario Vargas Llosa y los propios errores de la estrategia del FREDEMO, los cuales sirvieron a sus detractores para encasillarlo como el representante de un ajuste económico extremo de corte neoliberal, el “shock” percibido, entre otras cosas, como el masivo despido de empleados públicos, el fin de los subsidios, la gratuidad de la enseñanza y el sinceramiento del nivel de precios. De otro lado, Fujimori logró consolidar una imagen de técnico, precisamente, despolitizada y desideologizada, que ofrecía soluciones prácticas y gradualistas a los problemas del país, a través del lacónico lema de campaña “honradez, tecnología y trabajo”.

Bajo esta situación, Fujimori se colocó como vencedor en la segunda vuelta y ganó la Presidencia de la República, situación que se derivó de una serie de cálculos partidarios, un sistema de elecciones poco regulado, la creciente pérdida de legitimidad de los

⁵³ *Ibidem.*, p. 40.

partidos, la volatilidad electoral, la emergencia de los sectores informales y el temor a un cambio drástico en lo político y económico (expresado mediante el voto estratégico).

No obstante, la victoria electoral de Fujimori no representaba aún el eclipse total del sistema de partidos iniciado en 1980, se trataba aparentemente de un relevo presidencial producido, si se quiere, cumpliendo las formalidades del propio sistema, aunque surgido en condiciones ciertamente atípicas que además colocaban al nuevo Presidente en una posición débil respecto de los principales partidos, debido a su inexperiencia, falta de cuadros políticos, organización partidaria y una situación minoritaria en el Parlamento, ya que su agrupación (Cambio 90) obtuvo 32 de 180 asientos en la Cámara de Diputados y 14 asientos de 62 en la de senadores, en comparación con las posiciones del FREDEMO que alcanzó 63 y 21 curules, respectivamente, mientras que el APRA obtuvo 53 diputados y 17 senadores.